

vida en siglos anteriores, formaron aquel extraordinario concierto histórico, en que salían á luz cada día preciosos y desconocidos monumentos literarios. Ibanse acopiando en esta forma los materiales que debían, andando el tiempo, servir de base á la historia de la civilización y de la literatura española; mas ni hubo en aquella edad quien intentara escribirla, si bien no escaseaba el verdadero entusiasmo por las glorias nacionales, ni á haberlo pretendido, se habría podido sustraer á la ley fatal que sobre las letras gravitaba. Inficionado el gusto en el contagio común, sólo consideraron los hombres de arte y los mismos historiadores aquellos monumentos como otras tantas antiguallas, que en lugar de una lápida, una moneda ú otro cualquier testimonio fehaciente, venían á derramar alguna luz sobre los puntos históricos, de que trataban en sus obras. Y cuando creyeron oportuno indicar su voto sobre el mérito literario de este género de documentos, no escrupulizaron el calificarlos con los epítetos de *toscós*, *bárbaros* y *groseros*, si bien llegaron en algunos momentos á reconocer en ellos su valor nativo, ya que les negaban absolutamente la belleza, porque no los abrillantaba la pulcritud de formas que tanto resplandecía en las producciones del arte toscano-latino ¹.

La crítica literaria del siglo XVI giraba pues en un círculo estrecho, sin reconocer la existencia de otros elementos, ni de otros principios más que los escritos en la bandera bajo la cual se habían filiado la escuela salmantina y la escuela sevillana, cuyos orígenes, índole, carácter especial y varias ramificaciones estudiaremos en su día con la circunspección y el detenimiento que su

¹ De algunos de estos escritores se queja don Tomás Antonio en su *Colección de poesías castellanas* anteriores al siglo XV. «Quisiera yo (dice por ejemplo) que fray Martín Martínez, benedictino, hubiera declarado (en su *Apolo-gía por San Millán*) qué entendió por *elegante*, cuando dijo del Maestro don Gonzalo [Berceo], presbítero, autor de más de quinientos años, que escribió en verso la historia de la batalla de Simancas harto más *verdadera* que *elegante*. También me holgaría de saber qué quiso decir fray Ambrosio Gómez, de la misma Orden, afirmando dos veces que el verso de Berceo era *bárbaro para este siglo* (el XVII), y una que sus voces eran *incultas*. Halló grande impropiedad en el modo de explicarse estos escritores, que tan malamente confunden lo *inelegante*, lo *bárbaro* y lo *inculto* con lo *anticuado*.»

gloria exige. Desconociéronse pues en el siglo de oro de las letras los primitivos tesoros de la poesía erudita española; y si la popular pudo sobrevivir, en medio del desprecio, al anatema lanzado por los doctos contra todo lo que pertenecía á los tiempos medios; si logró á fines de aquel siglo apoderarse del teatro, reanudando así sus antiguos triunfos, digno es de recordarse que lo hizo á despecho de la crítica ultra-clásica (aristotélica), y sojuzgando hasta cierto punto á los mismos ingenios, que mientras se inspiraban en sus purísimas fuentes, parecían desdeñar su independencia y su virilidad, relevantes prendas que le han conquistado después la admiración y el respeto de extrañas naciones.

III.

No apareció en verdad con mejores títulos la crítica del siglo XVII. Quebrantado hasta cierto punto el principio de la autoridad clásica con la revolución que realiza respecto de las formas artísticas y de lenguaje el osado Góngora, entablóse entre los poetas y escritores de más alto ingenio guerra poco digna y decorosa, que debía dar por resultado la sátira y la diatriba, para caer después en el más injustificable panegírico. Lope de Vega, que al intentar el vate de Córdoba la innovación referida, empuñaba el cetro de la poesía popular española, fué uno de los más encarnizados enemigos de aquella singular reforma ¹. Siguiéronle en esta empresa, tal vez con excesivo calor, sus discípulos y partidarios; é irritado Góngora de semejante contradicción, disparó los rayos de su maligna sátira contra todos juntos, apostrofándolos de esta manera:

Patos del agua chirle castellana,
De cuyo rudo ingenio fácil riega

¹ Como fácilmente puede comprenderse, no es este lugar oportuno para estudiar debidamente y determinar lo que era y significaba el culteranismo. En su momento dado procuraremos fijar las causas que lo producen, así como las relaciones que esta dolencia intelectual, pues por tal la reputamos, guarda con el estado de la sociedad española, ya bajo el aspecto de la moral, ya bajo el de la política. Hoy nos cumple sólo señalar los principales puntos de contacto que ofrece con el desarrollo ó extravío de los estudios críticos.

Y tal vez dulce inunda vuestra *Vega*,
 Con razon *Vega*, por lo siempre llana ¹:
 Pisad, graznando, la corriente cana
 Del antiguo idioma; y, turba lega,
 Las ondas acusad cuantas os niega
 Ático estilo, erudicion romana.
 Los cisnes venerad cultos; no aquellos
 Que escuchan su canoro fin los rios;
 Aquellos si, que de su docta espuma
 Vistió Aganípe. Huis?... No quereis vellos?...
 Palustres aves, vuestra vulgar pluma
 No borre, no, más charcos. ¡Zabullíos!...

Este mordaz soneto, en que no son por cierto la claridad y la correccion las prendas que más resaltan, no pudo menos de irritar á Lope de Vega, moviéndole á desahogar su cólera en estilo tan poco noble, que se resiste la pluma á trasladar á este sitio los cuatro primeros versos del soneto, en que le replica. Despues de llamarle *cisne calavera*, dice así:

Con las visiones que, llegando, admiras
 Al tránsito fatal que te divierte,
 Tu ya infeliz ingenio está de suerte,
 Que en verso macarrónico deliras.
 Hermanos, turba lega, zabullíos!
 Venid de Anton Martin: que ya os espera
 Cadáver vivo de sus versos frios.
 Aun no se le ha cerrado la mollera
 Al padre de los cultos desvarios:
 Rogad á Dios que con su lengua muera.

Los sarcasmos y las diatribas vinieron al cabo á hacerse enteramente personales; y aquellos dos grandes ingenios ofrecieron á sus coetáneos el miserable espectáculo de dos gigantes que se despedazan, por conquistar el juguete de un niño. Góngora enristró al cabo con las obras de Lope, y si no logró abrumarle bajo el peso del ridículo, le hirió con todas armas hasta imponerle silen-

¹ Alúdese aquí á la coleccion de églogas y comedias que por aquellos dias habia dado Lope á la estampa, con el título de *La Vega del Parnaso*.

cio ¹. Así satirizaba en el siguiente soneto casi todas las obras que á la sazón habia publicado Lope:

Aquí del conde Claros, dijo; y luego
 Se agregaron á Lope sus secuaces:
 Con la *Estrella de Venus* cien rapaces
 Y con mil *Solloquios* sólo un ciego:
 Con la *epopeya* un lanudo lego,
 Con la *Arcadia* dos dueñas incapaces,
 Tres monjas con la *Angélica* locuaces
 Y con el *Peregrino* un fray borrego:
 Con el *Isidro* el cura de un aldea,
 Con los *Pastores de Belen*, Burguillo,
 Y con la *Filomena* un idiota;
 Vinorre Tírsi, de la *Dragontea*
 Candil farol, de la espantada flota
 De las comedias sigue su caudillo ².

Aquella revolucion meramente formal, que era tan ágriamente combatida ³, triunfó al cabo, merced á la intrepidez de Góngora,

¹ Es digno de notarse el soneto, en que Lope de Vega celebra las dotes de Góngora, confesando que habia vencido y hecho enmudecer á sus émulos literarios: hélo aquí (*Circe*, soneto XII):

Claro Cisne del Bétis, que sonoro
 Y grave ennobleciste el instrumento
 Más dulce que ilustró músico acento,
 Bañando en ámbar puro el arco de oro:
 A ti la lira, á tí el castalio coro
 Debe su honor, su fama y ornamento;
 Único al siglo y á la envidia exento,
 Vencido, si no muda en tu decoro.
 Los que por tu defensa escriben sumas,
 Propias ostentaciones solicitan,
 Dando á tu inmenso mar viles espumas,
 Los Ícaros defiendan que te imitan:
 Que como acercan á tu sol las plumas,
 De tu divina luz se precipitan.

² No creemos necesario el sacar á plaza más testimonios de este escandaloso proceso. Las demás piezas que se han conservado, existen en un curioso códice de la Biblioteca Nacional, con otras poesias de igual carácter, que dan á conocer algunos hechos pertenecientes á la *crónica escandalosa* del siglo XVII. Cuando nos toque trazar la historia literaria del mismo, presentaremos otros documentos, no menos interesantes y todavía desconocidos.

³ Lope no habia perdido ocasion de combatir la infelicísima innovacion

y más todavía á la decadencia en que se aniquilaba España, quedando en consecuencia vencida la crítica y desorganizadas las antiguas escuelas que habían conservado con tanto empeño el dogma de la imitación toscano-latina. Á tal punto llegó este desorden, que el inmortal Cervantes, partidario, como hemos visto, en cuanto á la doctrina, de la autoridad clásica y de la escuela italiana, exclamaba en su *Viaje del Parnaso*¹ en esta forma:

Desta manera andaba la poesía
De uno en otro, haciendo que hablase
Este latin, aquel algarabía.

Mas no bien acabó la guerra entre Lope y el poeta de Córdoba, tuvo este que lidiar con otro atleta, no menos formidable y que esgrimia con mayores bríos la poderosa arma del ridículo. Quevedo, que aspiraba por su parte á echar los cimientos á una nueva escuela, cuyo carácter examinaremos en lugar oportuno, no pudiendo sufrir la supremacía de Góngora, desatóse contra él en punzantes epigramas, que llegando al cabo á sus oídos, fueron señal de encarnizado combate. Preciábase Quevedo de entendido helenista y proponíase á la sazón traducir el *Anacreonte* en verso castellano: Góngora se burló de semejante proyecto en los versos siguientes:

Anacreonte español, no hay quien os tope
Que no diga, con mucha cortesía,

de Góngora, si bien no le era posible señalar las verdaderas causas de ella, á pesar de su buen juicio. Aprovechando en la *Dorotea* (acción en prosa) el momento á propósito con la lectura de un soneto *cultidiabesco*, decía: «*Ces*. ¿Es en la nueva lengua? *Lud*. No importa: yo sé un poco de griego.» Y añadía despues, respecto del sentido que se daba al nombre de culto: «*Ces*. Aquel poeta es culto, que cultiva de suerte su poema que no deja cosa áspera ni oscura, como un labrador su campo: que eso es cultura, aunque ellos dirán que lo toman por ornamento.» Tratando de la oscuridad y nuevo sentido de las palabras (vicio que se quiere también canonizar en nuestros días), decía por último: «*Ces*. Un estudiante comía *moras*, y preguntado qué hacía, respondió: *Manduco sarracenas*, trasladando la fruta á la nación del África» (Segunda Parte, escena II.^a). Pero ni toda la sal, ni toda la gravedad de Lope alcanzaron á corregir aquella dolencia, que venia por cierto de más alto.

¹ Cap. III.

Que ya que vuestros pies son de elegía,
Que vuestras navidades son de arrope.
No imitareis al terenciano Lope
Que al de Belerofonte cada día
Sobre zuecos de cómica poesía
Se calce espuelas y les dé un galope.
Con cuidado especial vuestros antojos
Dicen que quieren traducir el griego,
No habiéndolo mirado vuestros ojos...

Ni la continuación ni la respuesta de Quevedo son propias de este sitio: llegó sin embargo la contienda tan adelante, que uno y otro poeta acabaron por colmarse de improperios y denuestos, excitando acaso la indignación de los hombres sesudos que, como Cervantes, protestaron de tamaño escándalo. El inmortal autor del *Quijote* decía, aludiendo sin duda á tan ignominiosas lides, en su citado *Viaje del Parnaso*:

Nunca voló la humilde pluma mía
Por la región satírica, bajeza
Que á infames premios y desgracias guía¹.

Pero la vena mordaz de Quevedo no se contuvo en el terreno

¹ Parece que Cervantes adivinaba las persecuciones que había de ocasionar á Quevedo y á otros poetas de su tiempo el espíritu satírico. Don Agustín Montiano y Luyando, en sus *Notas para el uso de la sátira*, publicadas en el II tomo de *Memorias de la Real Academia Sevillana*, se expresa del siguiente modo, hablando en el mismo sentido que Cervantes: «Con exceso funestas »pudieron ser para Fonseca las fatales resultas del *Sueño político*, y para Cándamo las del *Esclavo en grillos de oro*, si no hubiesen tropezado las balas »con el brazo de la silla, que embotó el tiro disparado al primero, y si la espada del segundo no hubiese resistido con gallardo tesón á las que procuraban con superior impulso su muerte, hasta que el ruido llamó gente que atajase el empeño. Juzgo (contra las plebeyas hablillas, y no sin fundamento) »que al conde de Villamediana le aumentaron sus sátiras los enemigos, y »acaso alguno resolvió quitarle la vida, y esparció despues, para ocultar mejor su asesinato, más altos motivos, que apoyó fácilmente la perversidad de »nuestro genio, deducidas de varias obras suyas poéticas, oscuras, llenas de »ambigüedades en expresiones y pensamientos. Don Francisco de Quevedo »sufrió por causa semejante destierros, prisiones y poderosos enojos. Ledesma »tuvo peor fin por la *Zarzuela*, de que se vengó aquel á quien ofendía.»

de la sátira poética: para desautorizar la innovacion de Góngora, escribió la *Culta latiniparla*, dirigida á doña Escolástica Poliantea, y publicada con el nombre de Aldrobando Anatema Cantacuceno, *graduado en tinieblas, docto á oscuras, natural de las Soledades de abajo*. Era la *Culta latiniparla* especie de libelo, donde con no poca sal y abundante hiel se motejaba y escarnecía el estilo culterano, resaltando en cambio el conceptismo y equivoquismo que se habian apoderado ya de los escritos de Quevedo. Pero aunque las burlas de este no podian ser más sangrientas, Góngora siguió, á pesar de la crítica y de la sátira, la obra de su triunfo, desdenando al par sarcasmos y consejos.

Tres obras vinieron casi al mismo tiempo (1635), á manifestar qué no habia pasado aun la época de la sátira ni de la diatriba. *El Para todos* de Montalvan, la *Perinola* de Quevedo y el *Tribunal de la justa venganza*, publicado por los amigos del doctor Juan Perez, con el nombre de Arnaldo Franco-Furt. *El Para todos*, obra inofensiva por su objeto, si bien demasiado ambiciosa en pretensiones, excitó de tal manera la irritable vena de Quevedo, que no bien salió aquella á la luz del dia, cuando lanzó sobre ella una de las sátiras más chistosas, más incisivas y despiadadas que se han escrito en lengua castellana. *El Para todos*, y con él su laborioso autor desaparecian bajo el peso de la *Perinola*, no pudiendo menos de convenirse en que, cuando Quevedo se encierra en los límites de la crítica literaria, no solamente es acertado, sino que pulveriza con gran copia de razones y donosas burlas los errores y aun desvarios de Montalvan. El *Tribunal de la justa venganza* era un libro ciego; porque vendaba los ojos de sus autores la ira, que no les dejaba ver las faltas de su amigo, mientras en su rabioso despecho olvidaron que luchaban con un gigante, negándole de lleno todas las grandes dotes que le han conquistado alto asiento entre los ingenios de España. Así, obró en sus juicios más la ira de ofendidos que la imparcialidad de críticos; y es digno de notarse entre todas las acusaciones, que se hicieron, y todos los autos que se dictaron por aquel rencoroso tribunal, el epitáfio que para la sepultura de Quevedo prepararon los jueces, concebido en estos términos: «Aquí yace don Francisco de Quevedo, mal poeta y peor prosista, lisonjero tem-

»poral, bufonador perpétuo, símbolo de la ingratitud y de la iniquidad, vano presumidor de ciencias (ignorándolas todas), graduado en torpes y deshonestos vicios, catedrático de la sensualidad; cuya mordaz y satírica lengua dijo y escribió mal de todos y de todo, sin exceptuar lo divino ni lo humano. Oh, tú, que miras su infame sepulcro, huye de él, y ruégale á Dios que le dé el castigo que merecen sus palabras, obras y escritos»¹.

No era posible hacinar más torpes inexactitudes en tan breves líneas, ni más groseros insultos. No es posible tampoco en nuestros días ver sin hondo sentimiento los extravíos, á que dieron lugar tan grandes varones; extravíos que debian conducir al abismo la literatura erudita, arrastrando tambien á la popular en su estrepitosa ruina.

Mas al lado de la sátira habia puesto el siglo XVII el panegírico, y tras las rudas batallas de Góngora debian venir los aplausos de los comentadores, para canonizar y levantar sobre la literatura griega y romana los ponderados triunfos de su indómita musa². En vano, temiendo acaso los estragos de semejante plaga, sintoma doloroso de inevitable decadencia, habian protestado contra ella los más aplaudidos cultivadores del arte, negando á los comentaristas la *invencion* y la *imitacion*, polos principales sobre que aquel giraba: en vano el mismo Lope de Vega, condenada su esterilidad, los despojaba tambien de ambas virtudes, observando:

¹ El *Tribunal de la justa venganza*, erigido contra los escritos de don Francisco de Quevedo, maestro de errores, doctor en desvergüenzas, licenciado en bufonías, bachiller en suciedades, catedrático en vicios y proto-diablo entre los hombres; por el Licenciado Arnaldo Franco-Furt (Valencia, 1635).

² El doctor Juan de Espinosa Medrano, catedrático de artes y sagrada teología en el seminario de San Antonio el Magno del Perú, decia en su *Apologético en favor de Góngora y contra Manuel de Faria y Sousa* lo siguiente: «En algunos lances que ocurren entre don Luis y Homero, Ovidio y Virgilio, no pocas veces sale más airoso Góngora, venciendo algunas la lira castellana á la grandeza de la griega y latina.»—Este mismo autor llega á dar á Góngora los títulos de *Homero y Virgilio español*, descargando toda su hiel culterana contra Faria y Sousa, porque se los niega (Lima, imprenta de Juan de Quevedo y Zárate, año de 1694).

«Ni lo uno ni lo otro se halla en el que comenta: antes parecen
 »á los horcones de los árboles, que aunque están arrimados á las
 »ramas, no tienen hojas, ni fruto, sino sólo sirven de puntales á
 »la fertilidad ajena; y como si nó lo viésemos, nos están diciendo:
 »*Esta es pera; este es durazno y este es membrillo*; como el otro
 »pintor que puso á un leon trasquilado: *Este es leon rapante*»¹.
 Un escritor que alcanzó en aquella Era grande autoridad, por
 la casi universal erudición de que se hallaba dotado, el dili-
 gente don José Pellicer de Ossau y Tovar, desoyendo ó mejor di-
 cho, despreciando el aviso, fué el primero ó uno de los primeros
 que acometió la empresa de santificar los errores del poeta de
 Córdoba, dando á la estampa en 1630 sus *Comentarios á las*
obras de Góngora, á quien atribuye la gloria de príncipe de los
 poetas líricos. Mostraba igual empeño por el mismo tiempo don
 García de Salcedo Coronel, publicando sus comentarios al *Poli-*
femo, y empleando despues tres tomos en 4.º para ilustrar las
*Soledades*². La crítica de Salcedo y de Pellicer, reducida al es-
 trecho círculo del ciego panegírico, sólo encontraba bellezas en
 todas partes, sólo modelos ofrecía á la juventud consagrada al
 culto de las musas, en cada estrofa, en cada verso que analizaba.
 Jamás se remontó á la esfera de la filosofía, jamás volvió la vista
 atrás para reconocer el primitivo origen de la literatura españo-
 la; jamás sospechó que hubiese más arte que el arte por ella en-
 comiado, ni más belleza que la belleza culterana.

Pero lo que más llama la atención, al examinar la crítica de es-
 tos escritores amamantados en las antiguas escuelas doctas, lo
 que acredita la dolorosa contradicción en que se aniquilaban los
 ingenios del siglo XVII, es el contemplar á los comentadores, in-

¹ *La Dorotea*, II.ª parte, escena II.ª

² Los comentarios al Polifemo se dieron á luz en 1636 con este título:
El Polifemo de don Luis de Góngora, comentado por don García Salcedo Cor-
nel, caballero del Srmo. Infante Cardenal, dedicado al Excmo. Sr. don Fer-
nando Afán de Rivera Enriquez, duque de Alcalá, adelantado mayor de Anda-
lucía, del Consejo de Estado del Rey N. S. y su Virey y Capitan general del
reino de Nápoles.—Madrid, imprenta Real.—*Las Soledades* se publicaron des-
 pues, aunque en el mismo año, á costa de Domingo Gonzalez.

vocando en defensa de los errores y extravíos que con tanto calor
 apadrinan, los mismos principios clásicos, proclamados por el Bro-
 cense y por Herrera, las mismas leyes del buen gusto, reconoci-
 das y acatadas al extremo por los críticos y poetas eruditos de
 todas las naciones. Prueba inequívoca de que ni la innovación ni
 sus más ardientes sectarios se creyeron bastante fuertes para sa-
 cudir del todo el yugo de la autoridad, limitándose en conse-
 cuencia todos sus conatos á esquivar, torcer y burlar sus pre-
 ceptos.

Debían llevar los sucesores de Pellicer y de Salcedo (quizá me-
 nos instruidos que estos celosos comentaristas) la exageración al
 más alto punto, siguiendo la resbaladiza pendiente en que se ha-
 bían aquellos colocado, y perdiendo por tanto toda idea, toda no-
 ción de la verdadera crítica. Góngora fué designado con los más
 pomposos títulos: *padre mayor de las musas*¹ le apellidaba fray
 Hortensio de Paravicino, á quien daban en cambio los culteranos
 el nombre de *Góngora de los declamadores*²: *cisne, águila,*
*mónstruo de delicias*³ le llamaron otros, no faltando quien le su-
 blimara, como arriba indicamos, sobre todos los poetas griegos y
 latinos, comparándole desatinadamente con Homero y Virgilio.
 El panegírico, pesadilla de toda literatura decadente, no pudo en
 verdad aparecer más apasionado ni más injustificable en conse-
 cuencia.

Dos escritores de notable ingenio, que en el campo de la histo-
 ria habían recogido brillantes laureles, don Diego Saavedra y Fa-
 jardo y el licenciado Francisco de Cascales, manifestaron sin em-
 bargo no sujetarse tan fácilmente al voto común ni al repugnante
 error, en que la crítica había caído: el primero en su *República*

¹ Hé aquí el pasaje en que se le dá este nombre:

Hijo de Córdoba grande,
 Padre mayor de las musas,
 Por quien las voces de España
 Se ven de bárbaras cultas.

² *Apologético en favor de don Luis*, por el doctor don Juan de Espinosa
 Medrano.—Sección VIII, pág. 132.

³ Baltasar de Gracian en su *Agudeza y Arte de Ingenio* le prodiga estos y
 otros títulos.

literaria; el segundo en sus *Tablas poéticas*, y especialmente en sus *Cartas*. Saavedra y Fajardo, que respecto de la literatura española se había atendido á la doctrina de Hernando de Herrera, á quien introduce como interlocutor en su *República*, si bien, merced á su carácter independiente, no se dejó dominar por la autoridad de los comentadores, transigió hasta cierto punto con la innovación de Góngora, expresándose de este modo, al juzgarle en la obra citada: «Tal vez tropezó por falta de luz en su *Poli-femo*; pero ganó pasos de gloria. Si se perdió en sus *Soledades*, se halló despues tanto más estimado, cuanto con más cuidado le buscaron los ingenios, y explicaron sus agudezas.» Francisco de Cascales, á quien unian los lazos de la amistad con Fajardo, más severo que él, aunque no menos admirador del Góngora no culterano, tronó contra el nuevo estilo que este introducía en el *Poli-femo* y en las *Soledades*, asegurando que estas nuevas y nunca vistas poesías eran hijas del Mongibelo; que arrojaban y vomitaban más humo que luz, y que su autor, de príncipe de la luz, se había hecho príncipe de las tinieblas ¹.

Ofendió la crítica de este docto escritor á los comentaristas, como no podía menos de suceder, siendo indudablemente causa de la censura que lanzó Pellicer contra el mismo Cascales en su *Fenix*, y que dió ocasion á la carta V.^a de la segunda *Decada*, en que no guardó aquel por cierto la mayor templanza. No puede sin embargo dejar de reconocer la crítica de nuestros días que el licenciado Cascales, atento á los fueros del buen gusto, comprendió el gran daño que Góngora causaba á las letras con sus errores, tanto más temibles, cuanto mayores fueron primero las alabanzas y despues la ira de sus panegiristas, al hallar contradicción en los que no participaban de su entusiasmo ².

¹ Epístolas VIII y X de la primera decada de sus *Cartas*.—Edicion de Madrid, 1779.

² Es notable el calor con que los panegiristas defendieron á Góngora contra todos los críticos.—Manuel de Faria y Sousa, que en sus *Comentarios á Camoens*, siguiendo la ley de los que á esta clase de tareas se dedican, rebaja el mérito de todos los poetas, para que resalte más el de su héroe, es tan ágramente censurado por los comentadores, que no titubean estos en tribu-

Cascales y Fajardo, aunque no llegaron á contaminarse del mal gusto, ni alquilaron sus plumas á los comentadores, poco ó nada pudieron hacer, no obstante, por la historia de nuestras letras. Fajardo, docto é ingenioso, desplegó en su *República* erudición nada vulgar; pero erudición meramente griega y latina, como lo había sido la de Herrera y la del Brocense, sin que sus noticias respecto de nuestra propia literatura llegasen más allá de Mena, Santillana, Garci-Sanchez de Badajoz, Alonso de Cartagena y Costana ¹. Cascales, empeñado en la tarea, á que ya en el siglo anterior se habían consagrado otros eruditos, sólo tuvo por dignos de estima los poetas que formaban su gusto en la imitación latina ó italiana, á cuyo fin dirigió todos sus esfuerzos, bien que no dejó de rendir cierto homenaje de admiración á los poetas de su tiempo ².

Yacian pues los primitivos tesoros de la literatura española, durante la primera mitad del siglo XVII, en completo olvido y abandono: los panegiristas sólo quemaban incienso en aras del *Poli-femo* y de las *Soledades*: los preceptistas sólo acataban las leyes de Horacio y de Aristóteles, como piedras de toque en que

tarle los mayores dictérios. Verdad es que Faria dá á Góngora el nombre de *Mahoma de los poetas*, y que esta calificación no podía menos de herir á los que, tratándose de buen gusto, le ponian sobre Horacio, Virgilio y Homero. Entre todos los panegiristas de Góngora, ninguno tan ardiente como Espinosa y Medrano, á quien hemos citado arriba: no sólo desprecia este la crítica de Faria, sino que le dá los nombres de *ánsar palustre, elogiador hüero, mal filósofo, peor teólogo y pésimo escriturista*, ridiculizando (no sin algun fundamento) su juicio respecto de los *Lusiadas*, por el abuso de elogios que Sousa tributa á su poeta.

¹ Fajardo habla de Juan de Mena y de la poesía española de la edad media casi en los mismos términos que Herrera, añadiendo: «Despues florecieron el Marqués de Santillana, Garci Sanchez, Costana, Cartagena y otros, que poco á poco fueron limando sus obras.» De aquí pasa á dar razon de Ausias March, hablando á continuacion de Garcilaso (*República Literaria*, edicion de Valencia, 1772).

² Así se expresa Cascales respecto de los poetas sus coetáneos: «Cierto vemos agora en nuestra España innumerables poetas, que componen todo género de verso divinamente, vistiendo sus poemas de profundos conceptos, tanto en la épica y lírica como en la trágica y cómica» (*Tablas Poéticas*, introduccion á las mismas.—Edicion de Murcia, 1619).

probaban las producciones del arte moderno: los *doctos* condenaban acaso el calor de los primeros, mientras aprobaban el exclusivismo de los segundos. Triunfaron los comentadores sin embargo en tan ruda lid literaria; y *doctos* y *preceptistas* hubieron de sucumbir, enmudeciendo en medio de aquella algazara de encomios y denuestos.—Tal era el camino que llevaba la crítica entre los eruditos, únicos que hubieran podido ejercitarla con provecho de la historia literaria, pues sólo ellos se hallaban dotados de erudición bastante para dar cima á semejante empresa.

IV.

Pero ya vá arriba indicado: si la crítica habia muerto á manos de los comentadores, lo cual acontecia tambien en otros pueblos de Europa,—merced al estado político y social de las Españas que fomentaba en vario sentido el desarrollo de los estudios históricos, los cuales debian al cabo refluir en beneficio de la general cultura, salian á la luz del dia desconocidos tesoros de la literatura patria¹; aquella literatura, que habia nacido al grito de independencia y libertad, y que, aun hecha erudita, reflejaba profundamente las costumbres y creencias del pueblo castellano.

¹ Entre otros escritores notables, cuyos trabajos fueron de grande efecto en el sentido de la investigación histórico-literaria, merecen llamar la atención de la crítica don fray Prudencio de Sandoval (*Fundaciones de San Benito y Crónica de cinco obispos*), el diligente Yepes (*Historia general de la Congregación de San Benito*), el entendido Berganza (*Antigüedades de España*), el laborioso Gil Gonzalez Dávila (*Teatro Eclesiástico de las Iglesias de España*), y otros no menos diligentes. Apuntes biográficos, fragmentos de crónicas y de leyendas, trozos de poesías primitivas, ya populares, ya eruditas, noticias de libros y de códices de la edad media, todo aparece en estos cultivadores de la historia patria, recogido y acopiado con el anhelo de la erudición y aun de la verdad; pero todo muy distante de un fin realmente crítico, constituyendo por tanto confuso arsenal literario, adonde podian con el tiempo acudir los doctos, para echar los fundamentos á la historia de la literatura española. La obra empezada en el siglo XVI por los historiadores y los arqueólogos, era seguida con ardor por los cronistas é historiadores del siglo XVII: no estaba pues distante el momento en que pudieran recibir su primera forma literaria todos aquellos elementos de la pasada cultura española.

Mientras extraviada y sin norte, adonde volver sus miradas, se perdía la crítica docta en el oscuro laberinto de los comentarios, ibanse en efecto acopiando poco á poco los materiales que debian contribuir á mediados del siglo XVII á producir dos obras dignas de todo elogio, que emulasen, y aun aventajaran bajo cierto punto de vista, á las de igual naturaleza existentes á la sazón en el extranjero. Hablamos de las *Bibliotecas* de don Nicolás Antonio, el más sabio y diligente escritor de su tiempo.

Este infatigable investigador de las cosas pasadas, que pertenecía por el carácter de sus estudios á la escuela sevillana, si bien habia pasado su juventud en Salamanca, conoció en medio de la corrupcion y decadencia de las artes y de las letras, que debia ya la crítica literaria salir del estrecho é infecundo recinto de los comentarios para penetrar en el ancho campo de las investigaciones históricas, reconociendo las obras de todos géneros que habia producido la edad media, no sólo entre los cristianos y los hebreos que moraban en el territorio de Aragon, Navarra, Portugal y Castilla, sino tambien entre los musulmanes, que habian poseído largo tiempo aquellas afortunadas regiones, en que floreció un dia el génio de los Sénecas y Lucanos, de los Silios y Columelas.

Laudable en todos tiempos, y mucho más en una época de decadencia literaria, habia menester este propósito de largas y penosas vigiliias, de meditacion profunda, y sobre todo de método severo en los estudios, para lograr el éxito apetecido. Si don Nicolás Antonio llenó estas condiciones, dígalola *Bibliotheca Nova*, dada á la estampa en 1662, pues no sólo manifestó en ella haber aprovechado hábilmente las noticias por otros allegadas, sino que habia reconocido numerosos é importantes archivos, para sacar á luz los ignorados nombres de muchos y muy claros varones. Fué coronado este trabajo hercúleo, valiéndonos de la bella expresion del Cardenal Aguirre¹, con la formacion de la *Bibliotheca Vetus*,

¹ Tanta voluminum accessione et pertinaci studio tot annorum in urbe, ultra illos quos in Hispania duxerat tandem elaboravit integrum opus, vere Herculeum, Bibliothecae Hispaniae quator voluminibus in folio, ut aiunt, compressum (Edición de Roma, 1693).